



La alerta sanitaria en las zonas rurales. La reclusión en casa se sobrelleva con la misma resignación en los municipios con pocos habitantes. La situación genera mucha intranquilidad por la gran cantidad de personas de edad avanzada e incrementa la sensación de vacío al impedir el contacto directo entre los vecinos. Sin embargo, en estas circunstancias se despierta la solidaridad colectiva y surgen acciones para asistir a quienes lo necesitan.

Ayuda en el silencio de los pueblos

►Ayuntamientos y vecinos de localidades pequeñas lanzan iniciativas de apoyo a las personas mayores para que no salgan de casa

ANTONIO TERUEL

■ Las consecuencias de la alerta sanitaria por el coronavirus sobre la vida cotidiana llegan de la misma forma a las zonas rurales. Los vecinos se resignan a permanecer en sus casas y a renunciar a la vida social que suele haber en municipios de pocos centenares -o decenas- de personas, y donde salir al encuentro con los demás supone un aliciente, sobre todo para quienes viven en soledad. Saben que no es para menos, al ser buena parte de los habitantes bastante mayores y ser conscientes del peligro que supone exponerse al riesgo de contagio. Ésa es en estos momentos la principal preocupación, tanto para los residentes como para los ayuntamientos.

El encierro de los pocos vecinos incrementa aún más la sensación de vacío en los pueblos, tal y como corroboran a este periódico alcaldes de varios municipios del interior de la provincia. Eso sí, al mismo tiempo surgen iniciativas públicas o privadas para asistir a quienes lo necesitan en estos momentos, como quienes necesitan ayuda para hacer la compra, cocinar o comprar medicamentos. Acciones que ponen de manifiesto el fuerte sentimiento de comunidad que hay en estas localidades, y que aflora de manera espontánea ante eventualidades como ésta.

«Todos nos conocemos y nos hacemos favores», afirma categórico el alcalde de Benimassot, Ismael Molinés. Este ayuntamiento, al igual que otros de la zona donde tampoco hay tienda, como Fageca o Quatretondeta, se ha movilizado esta semana para que se autorizara, con las debidas precauciones, la venta ambulante de artículos de primera necesidad, la forma de abastecimiento en estos pueblos. «La necesitamos, para que los vecinos no tengan que desplazarse a comprar; además, algunos ni pueden hacerlo», recalca el primer edil de Fageca, Ismael Vidal.

Los vendedores, eso sí, tienen totalmente prohibido acudir estos días a las localidades donde sí hay tienda, explica Ramón García, el comerciante que acude habitualmente a esta zona. Extrema las precauciones, con guantes y mascarilla y guardando distancias con los clientes, y llevándoles los productos a casa si es necesario. También el panadero de Gorga, Rafael Doménech, que abastece a otros pueblos de la zona, toma medidas similares, además de instalar en la panadería una vitrina para evitar al máximo el contacto con las demás personas.



Vecinos de la Torre de les Maçanes esperando en la calle para entrar en una tienda de la localidad, guardando la distancia debida entre ellos. MATILDE TORREGROSA



Camino cerrado para evitar el paso de peatones en Bolulla y calles vacías en Castell de Castells. ADRIÁN MARTÍNEZ / VICENTE TOMÁS



Con todo, afirma, «la gente de los pueblos está muy concienciada de lo que ocurre».

Un extremo en el que coincide el alcalde de Quatretondeta, Francisco Picazo, quien destaca que «la reacción de los vecinos ha sido muy buena», pero que al mismo tiempo la situación «afecta muchísimo a la vida diaria: si normalmente en estos pueblos ya tenemos la sensa-

ción de estar solos, es fácil imaginar cómo es ahora», al tener que prescindir del contacto diario con los vecinos. En ese sentido, Isabel Sancho, de Fageca y que por la situación de alerta no puede moverse de Cocentaina, donde trabaja, señala que «familiares que se visitaban a diario ahora se comunican por teléfono, estando en el mismo pueblo», y que en las calles, por lo que

le transmiten sus propios padres, «hay todavía más silencio que de costumbre». También se expresa en la misma línea Matilde Torregrosa, teniente de alcalde de la Torre de les Maçanes. «Si ya hay silencio habitualmente, ahora más silencio todavía», comenta, mientras que, por su parte, el primer edil de Castell de Castells, Vicente Tomás, corrobora que esa sensación de vacío se ex-

tiende a su pueblo, aunque también admite que allí «es más fácil estirar las piernas que viviendo en la ciudad», ya que «sales, caminas 50 metros sin ver a nadie y vuelves a casa. También tiene esa opción Marcos Llorca, un joven de Alcoleja que vive en el campo, y que en su parcela «sigo estando en teoría en casa»; eso sí, le es imposible salir si no es para comprar. «No puedo lle-